



Danilo  
Jimenez  
Veiga



## Otra vez en torno a Francisco Escobar

Laureano Albán, entre otros, terció en los comentarios a la "carta a nuestros poetas" de Francisco Escobar".

Lo hace muy bien. Como joven poeta, maneja la palabra con facilidad y sin barroquismos. Hilvana sus comentarios con el ardor de la juventud, y la erudición del intelectual. Comenta el grito "bíblico", que a través de Escobar, lanzan nuestros jóvenes en su justa iracundia contra un estado de cosas a todas luces injusto.

Es a ese grito juvenil que quiero responder.

Reconozco que la organización social y económica de la sociedad costarricense está mal. Produce injusticias. Unos, los menos, gozan de todos los beneficios de la vida moderna. Otros, los más, carecen hasta de los más elementales bienes y servicios para una vida confortable y digna.

Entre estos extremos, se sitúan grupos de personas que disfrutan de cierto grado de bienestar, y tienen la posibilidad de mejorar con esfuerzos e iniciativa.

Los mecanismos de producción y distribución de bienes y servicios, así como los sistemas educativos, conducen al fortalecimiento, más que a la corrección, de este estado de cosas. Alimentan la injusticia.

Lo anterior no es culpa de nadie en particular. No se debe a una voluntad consciente, decidida a mantener o fortalecer la injusticia y desigualdad. Es el resultado del esquema de organización de nuestra sociedad.

Ese esquema es el que debemos cambiar. Para hacerlo, sin embargo, debemos estudiarlo y conocerlo bien en su totalidad y en sus partes, y analizar las relaciones entre ellas y los efectos que producen unas sobre las otras.

Luego es indispensable elaborar los mecanismos substitutivos tendientes a corregir la situación y a crear un nuevo estado de cosas más justo, que, a su vez, debe ser previamente identificado y políticamente aprobado por el país.

No se trata de crear una sociedad nueva partiendo de la nada en base a un concepto teórico idealista. Se trata de corregir un orden existente, real y complejo, arraigado en historia secular, lleno de mecanismos de auto-defensa generados y alimentados por los diversos intereses creados. Tampoco se trata de una sociedad integrada por ingleses, o suecos, o chinos. Es una sociedad de costarricenses, con sus virtudes y defectos, en pleno siglo XX, en un país pequeño del continente americano, con todo lo que ello implica.

La ignorancia en que está sumida buena parte de nues-

tra gente es real. Real es también la pobreza, la desnutrición, la enfermedad. Concreta es la numerosa familia que exige techo, comida, ropa y empleo. Real y concretas deben ser las medidas que se tomen para remediar esta carencias.

Ni los románticos, ni los idealistas, ni los héroes, ni los poetas, sólo, podrán satisfacer las ansias y esperanzas de los desposeídos. La dignidad no se levanta sobre pedestal de ilusiones. Es menester darle sustento concreto.

El problema del anacronismo educativo, del pensamiento obsoleto de muchos de nuestros filósofos de la educación, no se soluciona con teorías generales, sino con realizaciones concretas. La desorganización agraria no encuentra ordenamiento con canciones protesta. La escasez de vivienda no encuentra satisfacción con "modelos de urbanismo", ni se pondrá fin a la inoportuna-

ble ineficacia administrativa, con "cartas al editor". Ni se puede, finalmente acabar con la venalidad de algunos funcionarios, mientras el sistema propicie la tendencia humana a la fácil y pronta obtención de ventajas, y los corruptores ofrezcan, impunemente, retribuciones a los corrompidos.

Sólo la acción política, con objetivos claros y concretos, con apoyo popular y participación de todos, puede satisfacer el ansia de mejoramiento que se hace patente en Costa Rica.

Vamos paso a paso, a ritmo creciente, proponiendo y adoptando las medidas correctivas a nuestro sistema. Cambiando con decisión las cosas, unas a unas, o todas al mismo tiempo si fuere posible, en acciones que pueden ser parciales, pero con visión de conjunto, para que en el tiempo, todas converjan a un mismo punto.

Que ayuden los poetas; que colaboren los románticos, que unan sus voces todas las gargantas. A todos se necesita. Pero reconozcamos que sólo el pueblo, en acción conjunta, con realismo histórico podrá lograr, en el campo político, el cambio que las circunstancias y la historia hagan posible en la Costa Rica de hoy. Debemos reconocer, eso sí, que la impaciencia crece. Si las reformas indispensables se postergan, la violencia alcanzará los límites de la paciencia y Costa Rica se verá sumida en los estertores de la agonía institucional. Los políticos tienen la responsabilidad.